

Dos bises y diez minutos de aplausos cierran un emotivo concierto de la Philharmonia Orchestra en el Auditori

Maazel, íntimo y festivo



ILLIBERT TEIXIDÓ

Maazel, anoche, es aplaudido por el público tras su actuación en sala Pau Casals del Auditori

MARICEL CHAVARRÍA
Barcelona

Lo que Maazel logró anoche transformar la sala principal del Auditori en un lugar íntimo y acogido. Al frente de la Philharmonia Orchestra, el casi octogenario director se sirvió de la elegancia y la contención para bordar un concierto que al final se transformó en una auténtica fiesta, con dos bises y diez minutos de aplausos. Entonces sí se hizo grande la sala.

La gala prometía ser festiva, por su condición de doble aniversario: se celebraban los 25 años de Ibercamera y los 50 que han transcurrido desde el debut del propio Maazel con la Philharmonia Orchestra, la formación que le acompañó anoche y a la que acaba de dirigir en un ciclo de conciertos en Londres y otras ciudades del Reino Unido. Le acompañó el mítico flautista sir James Galway, una leyenda que hoy, con más de 30 millones

de álbumes vendidos, se disputan televisiones y grandes orquestas a partes iguales. Y lo hacía como solista en una pieza que el propio Maazel compuso en su día para él. Una pieza que interpretó ayer a petición de Ibercamera, pues entre los objetivos del ciclo figura dar a cono-

El mítico flautista James Galway interpretó una pieza compuesta por el propio Maazel

cer la faceta de compositor del maestro nacido en París.

Si la semana pasada la misma sala se desbordó con la dirección extrovertida de Gustavo Dudamel, anoche Maazel devolvió el río a su cauce con una actuación que, sin dejar de ser colorista, afrontó con contención la refinada *Pélleas et Mélisande*,

op. 80, de Gabriel Fauré. El mismo trato dio a su *Música para flauta y orquesta, op. 11*, (1995), que dedicó a Galway y de la que él mismo ha dicho que “es tierna, optimista y exaltada”.

Maazel, que en ningún momento se dirigió al público –no es su costumbre hacerlo– cerró el concierto con la *Sinfonía número 9, en mi menor, op. 95*, de Antonín Dvořák, la conocida –y exprimida– *Sinfonía del Nuevo mundo*, una pieza que el astronauta Neil Armstrong se llevó a la Luna en el Apolo 11 en 1969 por considerarla, seguramente, una expresión de la aventura y el descubrimiento. En los bises, se arrancó con dos danzas húngaras de Johannes Brahms.

No dejará de volver a España. Al contrario. Algunas horas antes de su concierto barcelonés, Maazel cerró en Valencia la renovación por dos años de su contrato como director musical del Palau de les Arts con una “importante reducción” de sus emolumentos.●

Mathias Enard reescribe ‘La Ilíada’ a bordo de un tren que recorre Europa

XAVI AYÉN
Barcelona

La sensación de la pasada *ren-trée* literaria francesa fue la novela de un autor que vive en el barrio barcelonés del Poble Sec, el francés Mathias Enard, que consiguió el aplauso de la crítica con su ambiciosa *Zona*, novela total que ahora nos llega traducida al castellano, en *La Otra Orilla*. Narración de formato ferroviario –todo sucede o se cuenta durante un viaje en tren por Europa–, la historia procede del material real que su autor ha ido recopilando por medio mundo:

“Desde los 90, me entrevisto con combatientes en guerras, con artistas, con gente de la calle, y quería escribir algo sobre el Mediterráneo y la violencia bélica, sobre la relación entre el individuo y la historia. El tren, el viaje que no para, me iba muy bien para marcar la estructura, con un viajero-narrador que todo lo abarca”, en un estado que oscila entre la sobriedad y la ebriedad chamánica y cuyas actividades de espionaje hacen sospechar que el propio autor podría no ser ajeno a semejante mundo: “¿Espía yo? Tampoco se lo diría... El escritor es como un espía del pú-

blico: extrae informaciones y con ellas edifica una novela”.

Zona es un mosaico –escrito seguido, sin puntos– que recorre el siglo XX hasta nuestros días, mezcla personajes reales y ficticios, sucede en mil sitios y es a la vez libro de viajes, reflexión sobre la identidad, novela de misterio, trata la crisis de la mediana edad, el azar... Sus 24 capítulos se corresponden con los 24 cantos de *La Ilíada*.

Enard habla castellano, catalán, francés, árabe, persa, inglés, alemán e italiano. Ajeno al afán comercial, ahora escribe una novela en verso sobre Barcelona.●

CRÍTICA DE TEATRO

Los asesinos pirómanos

Plastilina

Directora: Marta Angelat
Lugar y fecha: Sala Beckett (25/IV/2009)

JOAN-ANTON BENACH

No hace mucho, Barcelona, *la millor botiga del món*, consiguió vender al mundo un caso espeluznante. Me refiero al asesinato de la anciana que dormía en un cajero automático y a la que unos mozalbetes prendieron fuego después de rociarla con gasolina. Aquel horror inspiró a Marta Buchaca (Barcelona, 1979) una obra teatral en la que intentaría indagar los efectos que sobre los padres de los asesinos podría provocar un crimen de similar repugnancia. La tituló *Plastilina*, una ironía amarga dedicada a aquellos progenitores que creen haber modelado unos vástagos en los mejores principios de la honradez, y que de pronto se manifiestan como unos bárbaros descerebrados.

Pese a los premios obtenidos por la pieza, cabía albergar temores de que *Plastilina* malograra una buena idea dramática. Nos asaltaba el recuerdo de *L'olor sota la pell*, la obra primera de Buchaca, estrenada hace dos años, que tuvo una puesta en escena muy embarullada. Pero en la misma Sala Beckett que la ofreció, *Plastilina* se presenta como una pieza equilibrada y limpia, bien dirigida por Marta Angelat y cuyas salutíferas motivaciones quedan perfectamente planteadas en escena.

La obra es un continuo vaivén entre un agitado bullicio juvenil, que acabará en tragedia, y la calma tensa y dolorida de los padres que asisten estupefactos al encarcelamiento de Marc, el hijo que ha llevado la voz cantante en la criminal salvajada del grupo. La víctima de los pirómanos será, aquí, un indigente que dormía en un parque.

El núcleo dramático de la historia, su justificación ética –también política y social– está en las graves cuestiones que interpelan al mundo de los adultos. ¿Por qué esa violencia extrema y gratuita? ¿Por qué ese brutal desprecio de los seres más indefensos? ¿De dónde surge el placer morboso de registrar en el móvil la miserable fechoría? La falta de respuestas empuja al espectador hasta el borde de un abismo que, inconscientemente, las generaciones adultas de las sociedades desarrolladas habremos abierto día a día, para que en él se hunda una juventud vacía de valores morales.

Pero no quiero incidir en un sermoneo del que Marta Buchaca ha sabido prescindir, felizmente. Mucho más idónea que una ración de moralina, es la visión de unos padres en estado

La obra de Marta Buchaca se inspira en la brutal muerte de una anciana en un cajero automático

casi catatónico, proclive a reacciones escapistas o barruntando en silencio cuál pueda haber sido su responsabilidad en la conducta desalmada del hijo. Mone alcanza una excelente actuación en el papel de la madre. Y muy bien Pere Molina, el padre, intachable si evitara alguna dicción algo confusa.

Pero en medio de un sobrio espacio, con una escenografía minimalista (Joan Galí) y obedeciendo a una exigente Marta Angelat, la sorpresa de *Plastilina* está en un grupo de intérpretes jovencísimos –magnífico, convincente, descaro, pletórico de energía–. Son Vicky Luengo, Jaume Madaula, Albert Joseph y Albert Carbó. Un sobresaliente para todos y cada uno.●

CRÍTICA DE MÚSICA CLÁSICA

La forma y la expresión

OBC

Lugar y fecha: L'Auditori (24/IV/2009)

JORGE DE PERSIA

Esta gama de directores que comparten una semana con la OBC son representativos de lo que es hoy esta profesión en cuanto a su vinculación con el mensaje artístico, con la expresión. Los hay elocuentes, que construyen, los que trabajan la superficie con carantoñas, o los que apuestan por lo formal y hasta los que no saben qué decir. El austriaco Hans Graf es sin duda un músico bueno en la forma, aunque con limitaciones fuertes en la expresión. Sus Schubert en esta ocasión: la desconocida *Obertura en mi menor* y la *Sinfonía la Grande* (núme-

ros 8 o 9) le permitieron construir algunos buenos momentos como el Andante (2.º) con buen fraseo y tensión, después de un comienzo algo *à la lettre* con ritmo pesante y escaso aire en la frase, sin vuelo en varios pasajes clave. Su último movimiento recuperó el aliento y, si no la libertad, sí el ímpetu.

En el *Concierto en la menor* de Schumann trabajó con una excelente pianista, Mihaela Ursuleasa, indómita, expresiva, de sonido potente y personalidad, que dejó momentos de grata musicalidad. No es aún buena camerista, aunque en los pasajes del Allegro inicial hubo un diálogo rico con las maderas (especialmente el clarinete). El buen trabajo con la orquesta y con un director atento fue matizado con pasajes solistas en los que mostró color, libertad y brillo con un toque fluido.●